

### III

## Madre y Señora

La primera actitud de alma que las prácticas interiores de la perfecta Devoción a la Santísima Virgen reclaman de nosotros, es la de la dependencia, la de la obediencia. «*Es menester hacer todas las acciones por María*», dice Montfort, «*es decir, es preciso que obedezcan en todas las cosas a la Santísima Virgen, y que se rijan en todas las cosas por su espíritu*»<sup>22</sup>. Y también: «*Son sumisos y obedientes a la Santísima Virgen, como a su buena Madre, a ejemplo de Jesucristo*»<sup>23</sup>.

La primera pregunta que se plantea a este propósito es la siguiente: ¿Por qué obedecer a Nuestra Señora?

El ejemplo de Jesús, cuya vida oculta fue un acto ininterrumpido de dependencia amorosa respecto de su santísima Madre, es una primera respuesta a esta pregunta, qua ya dimos en el último capítulo.

¿Obedecer a la Santísima Virgen? ¡Pero si eso es para nosotros, esclavos de amor, un verdadero deber!

La obediencia, juntamente con el trabajo en provecho de su amo o de su ama, es con toda evidencia el primer deber del esclavo.

¡De qué buena gana nos hemos dado gana como esclavos voluntarios de amor a la divina Madre de Jesús! Por lo tanto, tenemos

---

<sup>22</sup> Tratado de la Verdadera Devoción n. 258. — Para tener la exposición completa de la práctica de nuestra verdadera Devoción, hay que combinar las **prácticas interiores** (Tratado de la Verdadera Devoción, nn. 257-265) con los **deberes de los predestinados respecto de la Santísima Virgen** (Tratado de la Verdadera Devoción, nn. 196-200). Estos últimos constituyen el ascetismo de la perfecta Devoción. Las primeras nos llevan hasta la mística mariana.

<sup>23</sup> Tratado de la Verdadera Devoción n. 198.

el deber elemental de depender de Ella en todas las cosas, de hacer su voluntad, de respetar sus deseos en todas partes donde esta voluntad y estos deseos nos sean manifiestos.

Todo eso cae de su propio peso. Además, por nuestra Consagración, hemos **prometido formalmente** esta obediencia. Hemos de entender las siguientes palabras de nuestra perfecta donación, no sólo en el sentido de una dependencia pasiva, sino también en el de una dependencia activa: *«Dejándoos entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece, sin excepción, según vuestro beneplácito...»*. Esto quiere decir incontestablemente que Ella puede en adelante imponernos y prohibirnos todo lo que Ella quiera.

Y más explícitamente aún, hemos añadido: *«Protesto que en adelante quiero, como verdadero esclavo vuestro..., obedeceros en todas las cosas»*.



Mas nuestra actitud de dependencia respecto de la divina Madre, aunque reposa en nuestra donación voluntaria por la santa esclavitud, se basa también en otros fundamentos.

¡Qué frecuentemente y de qué buena gana Montfort llama a María su querida **Madre y Señora!** Ambas cualidades le otorgan títulos a nuestra sujeción y a nuestra dependencia.

Ella es nuestra **Madre**.

Recordémoslo en el gozo de nuestra alma: Ella es nuestra Madre, no por modo de hablar, ni en sentido figurado, ni según una maternidad metafórica.

Nuestra Madre, no ciertamente en orden a nuestra vida natural humana, pero sí en orden a una vida mucho más preciosa, la

vida de la gracia. Y respecto de esta vida, Ella es plenamente nuestra Madre, porque le debemos esta vida de varios modos, y de manera inmediata; porque realmente Ella nos ha comunicado esta vida, y sigue comunicándonosla. Y más Madre nuestra que aquella a quien debemos este dulce nombre en esta tierra, porque forzosamente nos hacemos independientes de esta última, mientras que en nuestro ser y actividad sobrenaturales necesitamos a María, nuestra Madre de gracia, sin fin y sin cesar, y seguimos siendo dependientes de Ella como el hijo que la madre lleva en su seno materno<sup>24</sup>.

Ahora bien, la madre tiene derecho a la obediencia de su hijo. Esta obediencia es netamente el deber del hijo. Incluso es, puede decirse, la síntesis de todos los deberes que el hijo debe cumplir para con su madre. Un hijo obediente es un hijo sensato y virtuoso, de quien la madre está siempre contenta.

Así, pues, como hijos de María, debemos manifestarle dependencia entera y obediencia absoluta.



Ella es también nuestra **Señora**: ¡María es **Reina**!

Frecuentemente la Santa Iglesia la saluda como tal: «*Salve Regina!*» ¡Dios te salve, Reina!; y la llama «*Gloriosa Regina mundi!*» ¡Gloriosa Reina del universo!

Nuestro Padre resume toda la Tradición cristiana cuando nos hace decir, en la fórmula de Consagración: «*Dios te salve, ¡oh Reina del cielo y de la tierra!, a cuyo imperio está sometido cuanto hay por debajo de Dios...*».

---

<sup>24</sup> Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción n. 33.

---

Su realeza, como la de Cristo, de la que participa, no es una realeza puramente nominal, una realeza de fachada y ostentación, consistente sólo en el aparato exterior de un cetro y una corona, de un trono y un manto real. Estos emblemas, con que siempre la revistió el mundo cristiano, significan una verdadera dignidad real y una dominación cierta sobre los hombres. Los Padres de la Iglesia ponen en sus labios la gran afirmación de Cristo mismo: *«Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra»*<sup>25</sup>.

El derecho de dominación reclama correlativamente, en los súbditos, el deber de dependencia y sumisión. Por consiguiente, queremos obedecer en todas las cosas a Nuestra Señora en calidad de Señora y Soberana.



Pues la **amamos**, ¡y la dependencia se encuentra tanto en la línea del amor! A quienes amamos de veras, en la misma medida en que los amamos, no sabríamos negarles nada. El amor se crea derechos a la dependencia allí donde no existen por otros motivos. Por eso, por sí solo, nuestro amor verdadero, profundo, tierno y respetuoso a nuestra divina Madre convierte la dependencia total en un deber para nosotros. Y, por otra parte, así comprendió Jesús el amor y nos lo impuso: *«El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama... Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando»*<sup>26</sup>.

Por lo tanto, esta actitud de dependencia total y obediencia absoluta a nuestra Madre y Soberana amadísima se encuentra

---

<sup>25</sup> Mt 28, 18.

<sup>26</sup> Jn 14, 21; 15, 14.

perfectamente justificada, y es en cierto modo obligatoria para nosotros, hijos y esclavos de Nuestra Señora.



Esta dependencia va totalmente en provecho nuestro.

A la madre se le confiere autoridad sobre su hijo principalmente en interés del niño. Aceptando la dirección de su madre, el niño evita gran cantidad de peligros, escapa a muchos desengaños, y asegura su desarrollo físico y moral.

También en el orden sobrenatural, la dependencia mariana será prenda de progresos incesantes, bendiciones inauditas y protección contra toda clase de peligros y de males: *«Por haber obedecido a su madre, Jacob recibió la bendición como por milagro, aunque naturalmente no debió tenerla; los convidados a las bodas de Caná, por haber seguido el consejo de la Santísima Virgen, fueron honrados con el primer milagro de Jesucristo, que convirtió allí el agua en vino, a ruego de su santa Madre. Del mismo modo, todos los que hasta el fin de los siglos reciban la bendición del Padre celestial, y sean honrados con las maravillas de Dios, no recibirán estas gracias sino como consecuencia de su perfecta obediencia a María»<sup>27</sup>.*

Hemos conocido a personas que encontraron en **esta** práctica una orientación definitiva para su vida, y un medio decisivo de santificación; personas que, sin cesar, por así decir, dirigían a Nuestra Señora esta pregunta: ***Madre, ¿qué quieres que haga?***

Hagámosle frecuentemente esta pregunta nosotros también; escuchemos con sencillez y lealtad su respuesta, y tratemos sobre

---

<sup>27</sup> Tratado de la Verdadera Devoción n. 198.

todo de ponerla en práctica con fidelidad y valentía. Esta práctica realizaría increíbles cambios en nuestra vida.

Pero, puesto que hay que evitar cuidadosamente toda ilusión en este punto, debemos estudiar en varios capítulos las distintas maneras como la Santísima Virgen nos dará su respuesta.



*Barocci Federico ,1579, "Madonna del Popolo" Óleo sobre lienzo, exhibido en la Galería Uffizi, Florencia, Italia*

## IV “Escuchadlo”

Como hijos y esclavos de la Santísima Virgen, debemos y queremos obedecerle y dejarnos conducir por Ella.

Como Madre y como Reina Ella puede, como hemos visto, hacer valer títulos verdaderos para exigir esta obediencia. Esta dependencia habitual, por otra parte, irá en provecho nuestro.

Se plantea entonces otra pregunta: **¿Dónde hallar la dirección de Nuestra Señora? ¿En qué y cómo puedo obedecerle?**

Ella no tiene, que sepamos, un decálogo propio; Ella no ha promulgado leyes y mandamientos particulares.

La respuesta a esta pregunta será muy importante. No es un caso puramente teórico el que algunas almas, pretendiendo seguir los deseos de Nuestra Señora, se dejen conducir por ilusiones que pueden ser gravemente perjudiciales a su vida espiritual. Por eso hay que examinar con cuidado y determinar con exactitud dónde podemos encontrar con certeza la voluntad y los deseos de Nuestra Señora, e indicar con precisión por qué órganos e intermediarios Ella comunica sus directivas respecto de nosotros.



Jesús, en el Tabor, se manifestó con toda su majestad y con toda su gloria a sus tres discípulos preferidos. De la nube luminosa que los envolvía resonó repentinamente una voz, la voz del Padre celestial: *«Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto mis complacencias: escuchadlo»*<sup>28</sup>.

---

<sup>28</sup> Mt 17, 5.

Fuera del Padre no hay nadie en el mundo que pueda repetir estas palabras, excepto María, la Madre virginal del Salvador.

Y con el acento más marcado Ella repite también sin cesar a quienes le pertenecen: «*Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto mis complacencias: **escuchadlo***».

Por lo tanto, es claramente deseo y voluntad de María que escuchemos a Jesús y vivamos según sus palabras.

Otro hecho evangélico.

Sucedió en las bodas de Caná. La delicadeza atenta de Nuestra Señora acaba de adivinar el aprieto de quienes la han invitado. Ella, y Ella sola, conoce la omnipotencia de Jesús. Y va a abogar por la causa de sus amigos. «*Hijo, no tienen vino*». A primera vista Jesús parece desechar el pedido; en realidad, y como siempre, la oración de su Madre va a ser escuchada. María lo ha comprendido enseguida. Apaciblemente dice a los servidores: «*Haced lo que Él os diga*»<sup>29</sup>.

Nadie podrá dudar de que el deseo más ardiente de la Santísima Virgen es vernos cumplir los mandamientos de Dios, realizar sus voluntades, seguir los consejos y prescripciones de Jesús.

Ella no tiene voluntad propia.

Sin duda Ella posee como nosotros, y mucho mejor que nosotros, la facultad de la voluntad libre. Pero por lo que se refiere al objeto de esta voluntad, Ella no desea nunca sino lo que Dios y lo que Jesús quieren.

---

<sup>29</sup> Jn 2, 5. — En la Encíclica *Fulgens Corona*, al anunciar el Año Mariano, el Santo Padre cita también estas palabras, asegurándonos que la Santísima Virgen nos las repite sin cesar en sentido más amplio.



Ella repite incansablemente: «*¡No mi voluntad, sino la tuya!*». Y hay una oración que nunca calla en su alma: «*Fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra*»: Hijo mío, que tu voluntad se cumpla por mis hijos de la tierra, como se cumple siempre por mis hijos del cielo.

Por eso es evidente que la voluntad de María es que nosotros cumplamos las voluntades de su Hijo, y respetemos todos sus consejos y deseos.

Pero esta voluntad es la voluntad de una Madre y de una Reina, que, como hemos recordado, puede exigir nuestra sujeción y nuestra dependencia. Podemos considerar los mandamientos y las prescripciones de Cristo como ratificadas y confirmadas por la autoridad real y materna de su divina Madre. Quien es infiel a las voluntades de Cristo, pisotea igualmente las de María. Pero, al contrario, dejarse conducir por las prescripciones de Jesús es ser dependiente al mismo tiempo de su divina Madre.

Nunca nos convenceremos y penetraremos bastante de ello.

¿Qué es en la práctica la santa esclavitud, en qué consiste en definitiva la obediencia a Nuestra Señora que queremos practicar? No es otra cosa que vivir según la doctrina, los preceptos y los consejos de Cristo, esto es, vivir según el Evangelio de Jesús.



El Evangelio de Jesús que, por más de un título, es también el Evangelio de María.

No podemos pensar en ello sin emoción.

Dios no ha querido que recibamos directamente de El al Verbo eterno e increado, pronunciado desde toda la eternidad por el Padre. Ha querido que este Verbo pasara por el seno de María, que en él se revistiese de encantos y atractivos humanos, a fin de que, así

---

humanizado y «marianizado», lo recibiésemos con más amor y agradecimiento.

Y este otro Verbo de Dios, este verbo del Verbo que es el Evangelio, Jesús no ha querido dárnoslo directamente. Este verbo, en parte al menos, en gran parte tal vez, debió antes pasar por el Corazón de María, debió quedar encerrado y llevado en él, impregnado de los perfumes de María, «marianizado» así como el mismo Jesús.

¿Hemos exagerado esta vez?

¡De ningún modo!

Los Evangelistas —San Lucas lo dice formalmente<sup>30</sup>—, a pesar de escribir bajo inspiración de Dios, consultaron a los testigos de la vida y enseñanzas de Jesús para componer sus escritos sagrados. Y en toda la historia de la infancia y vida oculta de Jesús —que ocupa varios capítulos de Evangelio— tuvieron que recurrir casi exclusivamente al testimonio de la santísima Madre de Jesús. De su boca aprendieron todo lo que, sobre eso, según el mismo Evangelio, «*María conservaba y meditaba en su corazón*»<sup>31</sup>.

Pero ¿cuántas otras palabras preciosas de su vida pública no debemos tal vez a Aquella que, perdida humildemente entre la gente, escuchaba con avidez y maravillada, con una claridad de percepción también única, debida al amor, las palabras de vida que caían de los labios de su Dios, que Ella tenía derecho a llamar Hijo suyo, y que, echadas la mayor parte del tiempo en corazones áridos y duros, eran recogidos en el suyo como lo es una semilla preciosa en esa tierra óptima que ha de hacerla fructificar al céntuplo? ¿Cuántas de estas

---

<sup>30</sup> Lc 1, 1-3.

<sup>31</sup> Lc 2, 19.

divinas palabras no debemos tal vez a Aquella a quien Jesús mismo, discretamente, proclamó bienaventurada, porque escuchaba ávidamente la palabra de Dios y la ponía fielmente en práctica?<sup>32</sup>.

El Evangelio de Jesús, por lo tanto, es también el Evangelio de María, porque Ella lo conoció, meditó, comprendió y vivió como nadie; porque parcialmente, y en gran parte tal vez, Ella lo comunicó a los Apóstoles y Evangelistas; y porque con todas las energías de su alma Ella lo acepta y suscribe, se compenetra e identifica con él, y lo presenta, recomienda e impone a sus hijos y esclavos.



Según este Evangelio de Jesús y de María queremos vivir, según él queremos pensar, juzgar y obrar en todas las cosas, a fin de ser los verdaderos hijos y esclavos de amor de nuestra divina Madre.

¡Dígnese Ella misma concedernos las gracias abundantes que se requieren para este fin!

Pero para conformar nuestras miras y nuestra vida a este santo Evangelio, debemos leerlo, estudiarlo y meditarlo asiduamente.

Desde este punto de vista hay lagunas terribles en muchos cristianos.

Tratemos de colmar este vacío deplorable, y hagamos de modo que, por todos los medios humanos y divinos, la palabra de Dios no sea para nosotros palabra muerta.

El Evangelio debe ser nuestro primer manual, tanto para la meditación como para la lectura espiritual. Es maravilloso ver cómo ciertas almas, incluso poco instruidas, con la gracia de Dios,

---

<sup>32</sup> Lc 11, 28.

descubren en los textos evangélicos luces y riquezas increíbles para su vida de cada día.

Nuestra Madre amadísima debe ser aquí nuestra Maestra, como Ella lo fue —León XIII lo atesta formalmente— para los Apóstoles y para la misma Iglesia, a fin de comprender y penetrar cada vez mejor el sentido profundo del santo Evangelio.

Sólo entonces captaremos el inmenso alcance de la palabra que de tan buena gana seguiremos oyendo de labios de nuestra Madre, palabra que será para nosotros una divisa, todo un programa de vida:

**«Escuchadlo».**



## V

### Mentalidad mariana

Para vivir en dependencia de Nuestra Señora y obedecerle en todo, debemos, ante todo, como hemos dicho, «escuchar a Cristo», dejarnos conducir por sus prescripciones y consejos, tal como los encontramos sobre todo en su Evangelio. Este Evangelio, que es también, en cierto sentido, el Evangelio de María, hemos de conocerlo, y para eso leerlo, estudiarlo y meditarlo.

Para ser conducidos por el espíritu de María, debemos pensar, querer, hablar, obrar y vivir según el espíritu de Jesús.

En primer lugar, hemos de aprender a **pensar** y a **juzgar** de manera mariana, y por ende evangélica.

La primera dependencia, la más importante que tengamos que practicar, es la del pensamiento, la de la inteligencia. Si Jesús y María reinan realmente en estas cimas luminosas de nuestra inteligencia, su dominación se extenderá fácilmente desde ahí al resto de nuestro campo vital. Al contrario, si estas cumbres fuesen inaccesibles para ellos, de manera que no logran conquistarlas, su imperio sobre el resto de nuestra vida quedaría gravemente comprometido.

En efecto, se quiere como se piensa. Se obra según la propia manera de ver las cosas. Se vive según las propias convicciones. No es posible llevar una vida cristiana seria si no se piensa y no se juzga habitualmente, no según las miras del mundo —el evangelio de Satán—, sino según las enseñanzas de Cristo.

Y eso no es tan fácil.

Incluso es algo muy difícil, pues, para hacerlo, hemos de ir contra la opinión corriente, iba a decir de la opinión general, no sólo

---

de los no creyentes y de los cristianos no practicantes, sino también de la mayor parte de los que llamamos buenos cristianos.

No somos lógicos con nuestras convicciones, no somos consecuentes con nuestro cristianismo. Somos cristianos por la Misa del domingo y una breve oración cotidiana. Los mejores lo son por la Misa, la sagrada Comunión y el Rosario de cada día.

Pero nuestra vida de inteligencia, nuestra mentalidad, ¡están tan poco influenciadas por nuestras convicciones cristianas! En mil cosas pensamos y juzgamos exactamente como lo harían los paganos, los no bautizados. Demasiado a menudo juzgamos las personas y cosas, los acontecimientos e instituciones, como gente sensata y prudente tal vez, como gente advertida y perspicaz, como gente de negocios experimentada, es decir, según la sabiduría que se practica en el mundo. Pero precisamente *«la sabiduría del mundo es locura ante Dios»*, escribe San Pablo<sup>33</sup>. Y así, demasiado a menudo nuestros juicios son diametralmente opuestos a los de Cristo, el único en ser la Verdad, la Sabiduría y la Luz del mundo.

Nunca, y por nada del mundo, hemos de aceptar juicio alguno contra las enseñanzas de Cristo. En el orden de la religión y de la moral no reconocemos como criterio supremo, norma inapelable y código único más que el del Evangelio, pero el Evangelio tal como lo explica y aplica la santa Iglesia, que es la continuación y prolongación de Cristo en la tierra.

¡Qué triste es ver tan a menudo cómo cristianos practicantes, esclavos de la Santísima Virgen, fieles de Comunión diaria, tienen apreciaciones directamente contrarias a Cristo y su Evangelio! Si entonces alguien trata de destacar el punto de vista evangélico y mariano, oye a veces respuestas pasmosas, como esta: «¡Sí, si se

---

<sup>33</sup> | Cor 3, 19.

consideran las cosas desde este punto de vista! ¡Si tuviéramos que juzgar siempre así!».

Pues sí, siempre y en todas partes hemos de pensar, juzgar y apreciar así todas las cosas, de modo evangélico y mariano. Es nuestro deber elemental, indiscutible, de cristianos y esclavos de amor.



Es posible que algún lector, al leer esto, tenga la impresión de que exageramos, de que una mentalidad cristiana habitual no es algo tan raro y difícil.

Muy bien. ¿Quieres entonces que hagamos una prueba? ¿Quieres que tomemos algunas máximas centrales y dominantes del Evangelio, y nos preguntemos si conformamos habitualmente nuestros juicios y modos de ver con estos axiomas indiscutibles; que nos preguntemos también si hay muchos cristianos que piensen y obren según estas sublimes sentencias?

Cristo condensó en algunas frases su sabiduría divina y toda su concepción del mundo y de la vida.

Un día, al dirigirse a las turbas, les dijo —y su divina Madre adhiere plenamente a sus enseñanzas—: «*Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo*»<sup>34</sup>.

Pero ¿quién de entre nosotros cree prácticamente en la bienaventuranza de la pobreza, y en el grandísimo peligro de las riquezas? ¿Quién se estima dichoso de ser pobre, y al contrario desgraciado y digno de compasión si es rico y acomodado? Para la

---

<sup>34</sup> Lc 6, 20.24.

mayoría de los hombres la vida es una carrera por los bienes de este mundo. Y nosotros mismos somos inconsolables si sufrimos pérdidas de dinero y experimentamos una baja en materia de bienes temporales. ¿Es esta la mentalidad evangélica y mariana?

Jesús dice, y su divina Madre lo repite con El: «*Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados... ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre*»<sup>35</sup>.

Y nosotros nos estimamos dichosos cuando nada, pero realmente nada, nos falta en el alimento, en la vivienda, en el vestido. No pedimos sólo lo necesario, sino que necesitamos lo refinado, lo confortable, lo lujoso, lo superfluo. El bienestar de los demás nos apena cruelmente. ¿Es evangélico eso, es mariano?

Jesús dice también, y Nuestra Señora lo aprueba con toda su alma: «*Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis... ¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto*»<sup>36</sup>.

Y nosotros nos hemos ocupado sin cesar en huir de la cruz, y en sacudirla de nuestros hombros. Nos estimamos dichosos exactamente en la misma medida en que nos ahorramos algún sufrimiento. Huimos de las casas de luto y de tristeza, y buscamos la compañía de personas alegres, graciosas, ingeniosas. ¿Es evangélico eso, es mariano?

Jesús dice, y su dulce Madre lo juzga también así: «*Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo... Alegraos ese día y*

---

<sup>35</sup> Lc 6, 21.25.

<sup>36</sup> Ibid.



*saltad de gozo... ¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!»<sup>37</sup>.*

Y nosotros nos contristamos, nos perturbamos, cuando no se nos rodea de mil atenciones, cuanto parece que no se nos presta atención por un instante, cuando parece que se prefiere más a otras personas que a nosotros, cuando se habla un poco menos favorablemente de nosotros... Y estamos dichosos y alegres de ser puestos en primer lugar, de ver que nuestro trabajo es apreciado y alabado, de ocupar, a gran o a pequeña escala, un lugar de honor... ¿Es evangélico eso, es mariano?



No sería difícil proseguir y extender este examen de conciencia. Vivimos en un mundo al revés. Somos muy a menudo paganos con etiqueta cristiana. ¡Estamos tan lejos de la atmósfera cristiana y mariana en que debiéramos vivir!

¡Y somos la sal de la tierra!<sup>38</sup>. Desgraciadamente, esta sal se ha desvirtuado, ya no tiene gusto. ¿Para qué puede servir ya? Es forzosamente incapaz de impregnar la masa de la humanidad, sanarla y cristianizarla.

¡Vamos! ¡Una vez por todas, pongamos fin a este triste estado de cosas! ¡Seamos cristianos serios, verdaderos esclavos de Jesús y de María! ¡Adelante! ¡Al trabajo!

En todo, absolutamente en todo, en las circunstancias más graves y en los más humildes sucesos cotidianos, adoptaré, primero de pensamiento y de juicio, y luego de acción, una actitud verdaderamente cristiana, la que me piden las miras de Jesús y de

---

<sup>37</sup> Lc 6, 22.26.

<sup>38</sup> Mt 5, 13.

María. Todo acontecimiento, toda persona, toda doctrina, las consideraré con los ojos de Cristo y de su divina Madre, los apreciaré según **su** manera de ver, y no según el parecer del mundo. Cuando tenga que formar un juicio, cuando otros me pidan mi parecer, entraré un instante en mí mismo y me preguntaré: **¿Qué piensan de este caso Jesús y María?** ¿Qué piensan **Ellos** de la alegría y del sufrimiento, de la propiedad y de las privaciones, del éxito y de las humillaciones, de la paz y de la guerra, de operaciones de banco y de especulaciones en la bolsa, de la moda y del deporte, del cine y de las novelas...? En todo les pediré **su** parecer, y conformaré a él mi juicio y mi conducta.

Podrá costarnos, y mucho. Veinte, treinta, cincuenta veces por día nos sorprenderemos en razonamientos humanos, en miras naturales, en falsas concepciones. Cada vez con calma y paciencia, pero también con energía y decisión, rectificaremos nuestras miras para conformarlas con las de Cristo y su dulce Madre.

Bajo la conducta y con la ayuda de esta Madre de bondad aprenderemos a enderezar nuestros errores, a disminuir poco a poco el número de estas faltas de juicio, y finalmente a suprimirlas.

Jesús es la Luz del mundo. María es el hermosísimo Candelabro de oro, que lleva esta Antorcha y la hace irradiar en todo el mundo. *«Quien los contempla no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida»<sup>39</sup>.*

---

<sup>39</sup> Jn 8, 12.

## VI

### Vida mariana

Según el consejo de Montfort, en todo queremos dejarnos conducir por el espíritu de María. Este espíritu, como hemos visto, se encuentra en el santo Evangelio. Al Evangelio de Cristo, que es también, en el sentido que hemos indicado, el Evangelio de María, queremos conformar ante todo nuestras miras y nuestros juicios. Para tener una «mentalidad mariana» debemos aprender a juzgarlo todo, personas, acontecimientos e ideas, según la doctrina del Evangelio.

Esto es importantísimo, pero no basta. Es evidente que, para ser hijos y esclavos de amor de la Santísima Virgen, debemos conformar también nuestra **vida** y nuestras **acciones** a las enseñanzas de Cristo, y **obrar** según sus prescripciones y consejos. En todos los actos que debemos realizar, en los más humildes como en los más importantes, debemos ser fieles al Evangelio de Cristo y de María, aplicándolo con valentía y consecuencia. Debemos vivir **todo** el Evangelio, el Evangelio integral, y no un Evangelio truncado, alterado, mutilado.

De nuevo hacemos la observación que ya hicimos antes: son raros los cristianos que viven así. Muy a menudo, por desgracia, hacemos una selección en el Evangelio entre las prescripciones que nos caen bien y las que nos incomodan. Distinguimos demasiado lo que nos obliga bajo pena de pecado mortal o venial, para dejar de lado lo que pensamos —o así nos lo persuadimos— que no está prescrito bajo pena de pecado. Hemos truncado, alterado, minimizado, modernizado el Evangelio. ¡Somos una miniatura, y muchas veces, por desgracia, una caricatura de cristianos!

¡Basta ya de eso! Esclavos de Nuestra Señora, queremos con toda rectitud, sencillez y valentía apropiarnos del espíritu del Evangelio verdadero, sin alteración ni acomodamiento.

Debe sernos evidente que así se abre ante nosotros un inmenso campo de acción. También desde este punto de vista, el programa del esclavo de amor no es, ni más ni menos, que la perfección más pura y elevada, simplemente la **santidad**, que hemos de adquirir con el auxilio todopoderoso de la generosa Mediadora de todas las gracias.



*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* por eso quiero apreciar todas las cosas según su verdadero valor, despreciar lo que pasa, apegarme a lo que dura. Buscaré el reino de Dios y su justicia, perseguiré lo único necesario, la santidad del alma y la salvación eterna, persuadido de que lo demás, vestido, alimento, salud, bienes de la tierra, me será dado por añadidura.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* por eso tendré que renunciar a mis miras y opiniones personales, negarme en mis inclinaciones propias, realmente a mí mismo, para poder seguir a Jesús y a María. Y quiero llevar mi cruz cada día, a cada hora. Mi cruz, es decir todo sufrimiento, toda prueba, todo lo que me irrita, molesta, contraría, atormenta: la pobreza, la humillación, el deshonor, la enfermedad, el abandono. Todo esto quiero aceptarlo con amor y valentía, agradecérselo a Jesús y a María, alegrarme de ello con la voluntad, y llevar mi cruz con María siguiendo a Jesús, para tener parte con Él en la gracia y en la gloria.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* quiero avanzar por el camino estrecho del deber y de la penitencia, entrar por la puerta estrecha de la estricta fidelidad. No haré lo que hace la multitud, lo que predica la masa. Porque muy

ancho es el camino, y muy amplia la puerta que conduce a la perdición, y son muchos, por desgracia, los que se avanzan por este camino y entran por esta puerta.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* evitaré el pecado como el único mal, y la ocasión de pecado, como el solo peligro. Si mi ojo me fuese causa de escándalo, lo arrancaré y arrojaré lejos de mí. Si mi mano o mi pie me fuesen causa de caer en el pecado, los cortaré y lanzaré lejos de mí: porque más vale entrar mutilado en la vida, que ser arrojado con todos los miembros en el fuego eterno; más vale prohibirse algún goce que perder todo gozo; más vale imponerse un sufrimiento parcial y pasajero, que sufrir los espantosos tormentos eternos.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* trataré de convertirme en un niño, en un niñoito; me esforzaré por ser desprendido, recto, puro, sencillo y humilde como un niño, lleno de confianza en mi Padre y en mi Madre, enteramente abandonado a sus cuidados, para no ser excluido del reino de Dios, que ha sido prometido a los niños y a quienes se les asemejan.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* amaré a mi prójimo como a mí mismo, no, como Jesús me amó y amó a los suyos. Le haré los favores que deseo me hagan a mí; evitaré con él lo que no me gustaría que me hagan a mí. Quiero soportar sus defectos, incluso los más incomprensibles, perdonar y olvidar todas sus faltas, incluso las más graves. No lo juzgaré ni condenaré; le concederé una buena y amplia medida de favores caritativos; lo trataré, sobre todo en la persona de los pobres, desgraciados y niños, como a Cristo mismo. Amaré aun a mis enemigos; los saludaré, los trataré con dulzura y les devolveré fielmente bien por mal.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* y porque estos deberes y muchos otros, consignados en el

Evangelio, superan de lejos mis pobres fuerzas humanas, pediré en la oración la valentía que me falta y la energía que no tengo. Consideraré la vida de oración, el espíritu de oración, como mi principal labor, como la más importante de mis obligaciones en la tierra. Pediré, buscaré, llamaré sin cesar, con confianza sin límites, con santa tenacidad, en la tranquila convicción de que mi Padre que está en los cielos me concederá infaliblemente todo lo que me sea necesario o útil, gracias a la intercesión de la divina Madre que Él me ha dado.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu: por eso me consideraré como extranjero y peregrino en este mundo. Viviré en vela, pues no sé ni el día ni la hora. Viviré así hasta que se deje oír en la noche el gran clamor, hasta que venga el Esposo con la Esposa, para poder ir a su encuentro con una lámpara encendida y abundantemente provista de aceite, y ser introducido así con Ellos en las salas del Festín de bodas eterno...*



«Pero Padre», se me dirá, «si yo pienso, hablo y obro así, ¿qué dirán de mí? No se juzga ni se vive así alrededor de mí, en mi familia, en mi entorno, en mi pueblo, en la ciudad en que vivo. ¡Pasaré por un excéntrico, un exaltado, un fanático, un insensato!».

Puede ser que así sea, hijo y esclavo de Nuestra Señora. ¿Qué no se dijo de Jesús? Debes soportar que no te traten mejor que a tu Señor y Maestro.

Si fueras del mundo, si pensaras y obraras como los mundanos, el mundo te dejaría tranquilo, no te molestaría ni te perseguiría, porque no serías nada.

Pero siendo esclavo de amor de Nuestra Señora, no eres del mundo a pesar de que vives en el mundo: has sido elegido de en

medio del mundo. Y porque no compartes sus maneras de ver y de vivir, porque condenas su espíritu y censuras sus costumbres, el mundo te odiará. Los mundanos te calumniarán, te ridiculizarán, criticarán tu modo de vestir, tu porte, tu conducta, tus ejercicios de piedad, todo.

Pero no temas, no te inquietes por nada, no te preocupes de nada. Esta es la prueba evidente de que estás en el buen camino: Jesús y María, antes que tú, fueron rechazados por el mundo.

En la medida en que les pertenezcas, les estés unido y compartas sus miras y su vida, en esta misma medida, ni más ni menos, vencerás al mundo perverso en ti y alrededor tuyo, y celebrarás eternamente esta victoria con Cristo y su divina Madre.

